mientos del escritor, y de su lectura sacar en conclusión cuánto queda por reflexionar sobre el autor y la época.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO
Universidad de Salamanca

BIBLIOGRAFÍA CITADA


Muchas y algunas muy notables han sido las aportaciones críticas y biobibliográficas al estudio de la obra y la persona de Ramón López Velarde durante el año del centenario de su nacimiento. El presente libro, aunque publicado en abril de 1989, es prueba contundente de la seriedad con que han sido examinados el verso y la prosa del escritor, así como su vida personal y literaria. Guillermo Sheridan ha leído con atención la obra de López Velarde y ha leído mucho de lo que se ha escrito sobre él, leyenda y verdad, digiriendo sus fuentes para lograr un valioso ensayo, documentado y sentido a la vez. Por su metodología y por su forma, éste no es un libro corriente, es decir, una biografía tradicional, y por tanto describo algunos aspectos del texto que lo diferencian de otros libros de su tipo e intento demostrar al mismo tiempo los modos de trabajar del autor.

Desde un primer momento (Advertencia 9-10), Sheridan distingue entre una vida y una biografía: su intención es crear (o mejor dicho, recrear) la vida de López Velarde, evitando en todo lo posible la mera objetividad documentada, y prefiere combinar con un imprescindible dominio de los hechos procedimientos más literarios o creadores que científicos. Tampoco le interesa en su cometido una actitud estrictamente académica, y así, para asegurar una lectura sin estorbos,
elimina notas y llamadas de toda clase, aunque cita de modo directo a Paz, Villaurrutia, Chumacero y Zaid. Además, en su advertencia invoca a Virginia Woolf, quien sugiere que la nueva biografía debe fundir sutilmente facts and fiction, es decir la realidad objetiva y el arte, para trasmitir en el fondo las líneas más características de una personalidad. Parafraseando a la escritora inglesa, Sheridan afirma en este contexto que se propone trabajar “con la piedra de los hechos y el arco iris de la ficción” (10). Se nutre —sigue diciendo— de “lo probable y lo posible”, y no escatima “ni contundencias veraces ni posibilidades etéreas” (10).

El libro que ahora se reseña se divide en cinco partes principales, presentadas por la ya mencionada Advertencia (9-10) y cerradas por un breve Epílogo novelesco (225-227).

Al final se incluyen por lo demás dos breves páginas de bibliografía selecta (229-230). Creo que para el lector de López Velarde los epígrafes de los capítulos centrales no exigen comentario alguno: I, “Introito: Un hilo escuálido de seda (1888-1889)” (13-24); II, “Niñez toda olorosa a sacristía (1889-1900)” (27-48); III, “Una malicia inerme (1900-1905)” (51-78); IV, “El metal de nuestra propia voz (1905-1914)” (81-134); y V, “Un corazón de niebla y teología (1914-1921)” (137-122). Se trata además de un libro profusamente ilustrado, y sin duda los materiales gráficos, de lugares y personas, añadirán para algunos lectores una dimensión especial y apropiada para la reconstrucción de toda una época, así como de ciertas predilecciones del poeta.

Puede ser que en una primera aproximación al libro de Sheridan el lector no prevenido quede momentáneamente desconcertado. Por lo tanto, dos capítulos merecen ser examinados desde el punto de vista de su estructura. En el tercero, con la voz del autor se funde la de un informante no identificado que conoció a López Velarde desde su adolescencia, y ese informante cuenta los detalles de la temprana vida pueblerina del poeta. El quinto capítulo, el más largo de todos, se

1En un artículo (“The New Biography”) Virginia Woolf escribe: “And if we think of truth as something of granite-like solidity and of personality as something of rainbow-like intangibility and reflect that the aim of biography is to weld these two into one seamless whole, we shall admit that the problem is a stiff one and that we need not wonder if biographers have for the most part failed to solve it” (149), y continúa diciendo un poco más adelante: “For in order that the light of personality may shine through, facts must be manipulated: some must be brightened; others shaded; yet, in the process, they must never lose their integrity” (150).

2Me permito transcribir las palabras finales del informante, que tienen para mí un evidente eco literario: “Y eso es todo lo que yo voy a decir. Ya me cansé.
basa en el viaje que hicieron en tren (septiembre de 1926) amigos de López Velarde desde México a Zacatecas, invitados por el gobernador del estado, Rodarte, quien había organizado el homenaje que iba a culminar en el descubrimiento de una placa conmemorativa en el cerro de la Bufa. En esta parte del libro las dos voces que más participan en el diálogo inventado son las de Jesús B. González y Enrique Fernández Ledesma, íntimos del poeta. Es también un acierto haber incluido de cuando en cuando las palabras del padre Reveles, que era párroco en Jerez durante la más temprana juventud de López Velarde. En cuanto a las voces, el autor desde luego maneja los hilos de la conversación, y es aquí, en las intervenciones verbales, donde más se aprovecha Sheridan de los juicios críticos de otros estudiosos de la vida y obra del escritor.

López Velarde era un hombre muy discreto y formal, nunca dado a expansiones de ninguna clase, y especialmente no hablaba de la intimidad de su vida. Al repensar el contenido del libro de Sheridan, a veces denso, es exacto decir que ha estudiado y dilucidado ciertos aspectos no siempre claros de la vida y modo de ser del escritor, y así nos ha permitido ensanchar nuestro conocimiento de otras vertientes de su personalidad. Juntando hechos y conjeturas, salvando ambigüedades, esta biografía del poeta ofrece nuevos perfiles, o a lo mejor, perfiles más completos, de López Velarde. Por ejemplo, las páginas sobre Madero y el poeta (93-114), así como su actuación política en términos generales, enfocan con acierto ese rasgo a veces debatido de su pensamiento; otro caso podría ser la paciente reconstrucción de los noviazgos del poeta joven (57-62, 112-120), inclusive el paréntesis en Venado, y desde luego sus relaciones posteriores con Margarita Quijano, amén de otras aventuras eróticas; y también me impresionó la apta organización de los materiales correspondientes a los años intermedios (1905-1914), en lo que respecta a sus amistades, empleos y estados de ánimo. No debe perderse de vista que López Velarde pasó en su vida momentos difíciles y que también sufría de enfermedades físicas o psíquicas, reales e imaginadas. Sheridan por lo

Lo demás va a tener que averiguarlo usted solo. No me pregunte cómo sé lo que le dije ni de dónde lo saqué, ni qué es probable ni qué es nada más posible. No tendría caso. No puedo ofrro y yo no puedo ofrme. Sólo soy un muerto, otro muerto, algún muerto. Usted sabe: polvo, nada, humo que se desvanece en el aire” (78).

3 Sheridan ha señalado más o menos todo lo que se sabe en general de Fuentensanta (57-62). Cabe añadir ahora las observaciones de Octavio Paz incluidas en su “Post-scriptum. Fuentensanta: imán y escapulario”.

visto tiene plena conciencia de lo peligroso que es intentar relacionar vida y obra, método que siempre expone al biógrafo a toda clase de lamentables caídas.

Quizá desde un punto de vista estrictamente literario el capítulo que más interés tiene es el quinto ("Un corazón de niebla y teología"). Se comentan en esta parte ciertos temas características de la obra de López Velarde (la asfixia y el pavor a la muerte, la paternidad y la virilidad), pero las voces de los amigos del poeta hablan de algo que otro poema, y de estas aproximaciones sobresalen a mi juicio las que dedican a "En las tinieblas húmedas" (152), "La última odalisca" (195-196), "Tus dientes" (171-173) y "Mi corazón leal se amerita..." (179-181). El asedio a la última composición da pie para una serie de observaciones clínicas sobre la angustia cardíaca y su reflejo psíquico (todo esto a cargo del doctor Manuel de la Torre, psiquiatra). Además me parece un acierto novedoso haber acoplado antes dos lamentos de Zozobra: "Las desterradas" y "A las provincianas mártires" (128-129).

Por supuesto, Guillermo Sheridan no ha trabajado sobre un campo no explorado ya por la crítica, y sin duda no se revelan grandes secretos de la vida recatada del poeta. Sin embargo, el libro tiene verdaderas novedades, además del método utilizado y, en un plano general, la eficaz manera con que se organizan los datos biográficos. En primer lugar, el autor evidentemente pudo consultar el archivo de Villalobos Franco, amigo temprano de Aguascalientes, y en él ha hallado significativa documentación desconocida, inclusive poemas juveniles no publicados hasta ahora. Se reproducen gráficamente tres de ellos: "Pureza" (1908) (94-95); "A una pálida" (1906) (96); y "La canción del hastío" (1907) (97-98). También otra composición poética que pertenece a la misma época y fue escrita a raíz de la muerte de su padre en 1908, no sólo se publica en un número de Cuadernos Americanos, sino que también se transcribe ahora en el texto del libro (92-93). Sheridan ha podido consultar, al menos parcialmente, el archivo de Eduardo J. Correa, y, tomadas de él, se copian gráficamente tres largas cartas relativamente tempranas (1908-1911), aunque en el ejemplar que tengo los textos en cuestión son muy difíciles de leer por lo borroso de la letra. Además Sheridan publicará pronto más documentación significativa procedente de la misma fuente. En la Advertencia manifiesta:

En algún momento del trabajo aludo a algunos datos que tomé de cierto material inédito del poeta e, incluso, reproduzco unos textos suyos hasta la fecha no recogidos. Lamentablemente, la aparición de ese material coincidió con el momento en el que terminé la redacción del libro y, por ese y otros motivos, no pude explorarlo de manera adecuada. Confío en que, a la brevedad, lograré editar y difundir ese material (10).

Con respecto a las cartas de López Velarde dirigidas a su padre, sin publicar, según Guillermo Sheridan (87), doy informes sobre esta anomalía en la nota abajo.5

Dada la naturaleza de la vida aquí estudiada, es natural que tenga yo algunos pequeños desacuerdos con Sheridan y paso a apuntar algunos de ellos. Tal vez convendría pensar si de veras la totali-

---

5 Es verdad que cuando se escribió el libro de Sheridan las cartas de López Velarde a su padre, ambas de 1908, a las que se alude en la página 87, no habían sido publicadas. Ahora sí pueden leerse en un número reciente de La Gaceta (mar. 1989) del FCE (y yo no sé en qué otras partes), en el cual se da noticia sobre la nueva edición de las Obras del poeta preparada por don José Luis Martínez y de reciente aparición. No he visto el volumen, pero me ha comunicado su editor algunas de las muchas novedades que se presentan en esta última salida de las obras de López Velarde.

Ahora bien: tras estas cartas hay una pequeña historia que merece ser contada. Los textos obraban en mí poder por más de veinticinco años sin publicar, porque no quería don Jesús López Velarde que viesen la luz pública. En plena euforia y con motivo del reciente año del centenario, estando en Zacatecas, se los mostré a José Luis Martínez con mucha ilusión y buena fe. En aquel entonces le pregunté sobre la posibilidad de que La Academia, de la cual es actualmente Director, publicara una placaeta con las cartas y otros materiales inéditos en mi posesión. Me dijo Martínez en aquel entonces, junio de 1988, que el director del INBA, Felipe Garrido, tenía fondos suficientes para hacer una edición digna de estos nuevos materiales. Yo ya había obtenido la amable autorización de Leopoldo López Velarde para publicar estas cartas privadas. Todo, inclusive un prólogo gentilmente revisado por Martínez, fue enviado a México con la fecha del 20 de julio de 1988, y comenzó a partir de la indicada fecha la larga y hasta ahora inútil espera para que apareciese el pequeño libro. Cabe agregar ahora que Martínez encontró entre los papeles guardados en la Academia otras hojas como las que tenía yo, que correspondían a una primera versión de "La suave patria", poema de ardua y lenta composición. Entiendo que el estudio de Martínez sobre la evolución del poema ha sido publicado ya en Vuelta, con título de "El poeta en su taller". Creo que las mismas páginas de Martínez se incluyen ahora en la presentación de la más reciente edición de las Obras. Me parece evidente una cosa: José Luis Martínez pensaba que ya se había publicado mi libro porque en el número citado de La Gaceta (3) se lee la siguiente nota: "Ramón López Velarde, Dos cartas inéditas y otros textos desconocidos, edición y nota preliminar de Allen W. Phillips, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1988..."

Aunque me aseguraron repetidamente que se estaba haciendo la edición, no lo he visto hasta ahora, y llego a la triste conclusión de que no se publicará jamás.
dad de Los renglones líricos, prosa de 1913, anticipan en intensidad a los poemas de Zozobra (132). Es lástima que no se hayan incluido en el capitolillo “Ensayos en la bohemia” (86-93) más datos sobre El Debate (Aguascalientes), temprano periódico de Correa en que colaboraba López Velarde (yo nunca he podido localizar esa publicación). Falta mención de El Observador de la misma época y también de Aguascalientes, que contiene asimismo colaboraciones del poeta, en verso y en prosa. Ahora se sabe que hubo por lo visto más de los dos números de Bohemio (86), y, personalmente, tengo graves dudas sobre la paternidad de “A Suiza”, poesía firmada con el pseudónimo de Ricardo Wencer Olivares (86). No obstante, pienso que el Olivares corresponde al nombre de la escuela primaria de Jerez. López Velarde publicó un solo poema en el único número de Nosotros (“Canonización”), además de unas notas bibliográficas (97-98), y Sheridan da a entender (98) que firmó en el mismo lugar artículos políticos con el pseudónimo de Esteban Marcel, disfraz que utilizó muy a menudo en La Nación de fecha posterior. Desde un principio López Velarde colaboró en México Moderno con poesía y notas críticas (202), pero no entiendo exactamente si el autor niega el dato o no. Estas son algunas leves discrepancias, fáciles de ser subsanadas en futuras ediciones, y de momento hay que tener presente que algunos de esos datos son de descubrimiento reciente. Tal vez de mayor alcance es el asunto Laforgue-Lugones-López Velarde, sobre el cual se ha escrito ya demasiado (mea culpa también). Admitida la deuda o afinidad innegable del poeta mexicano con el autor de Les complaintes y el del Lunario sentimental, me parece poco plausible, sin embargo, la conjetura de que el padre Reveles le entregara copias de poemas de Laforgue (traducciones u originales) en fecha tan temprana. No hay duda de que leyó a González Blanco; pero precisar cómo y cuándo los poetas hispanoamericanos llegaron a conocer la poesía de Laforgue es asunto mucho más difícil (77). Por primera vez, no obstante, han sido incorporados en el texto muchos detalles literariamente significativos, a menudo olvidados en la crítica lopezvelardiana (por ejemplo, la génesis de “La sonrisa de piedra”, así como ciertas referencias a los poemas “Tierra mojada”, “La última odalisca” y “Humildemente”, composición está última de lugar estratégico como la final de Zozobra), lo cual confirma para mí la solvencia del investigador.
En resumen: me parece que Guillermo Sheridan ha conseguido recrear una vida, tal vez no tan gris como siempre se había pensado, y, por encima de todo, ha logrado la semblanza de una personalidad singularmente compleja, cuyo modo de ser coincide con su obra, en más de un momento igualmente enigmática. Sheridan ha ofrecido a sus lectores de hoy muchos fragmentos de una existencia—hechos y conjeturas, verdades y leyendas—, y pienso que su paciente esfuerzo ha sido colmado de éxito. Al finalizar mi comentario en torno a este libro, me permito una nota personal, dictada en gran parte por el placer nostálgico con que he leído el texto: Un corazón adicto me produjo la extraña sensación de haber remontado yo el río de los años a otra época, cuando llegué a conocer aquellos lugares donde transcurrió la vida del poeta y también a tratar a algunos de sus tempranos amigos (Villalobos Franco, Melchor Vera, Correa), así como a otros intelectuales mexicanos que después habían conocido al poeta en vida (González Guerrero, Francisco Monterde, José María González de Mendoza, Julio Torri y seguramente otros). Y como he dicho tantas veces, ocupa en el corazón de quien esto escribe un lugar inmarcesible Jesús López Velarde, además de otros familiares que tan generosamente me han tratado, desde que inicié hace tiempo mis estudios sobre el poeta zacatecano.

**Allen W. Phillips**

*Universidad de California (Santa Bárbara)*

---

**BIBLIOGRAFÍA CITADA**


